

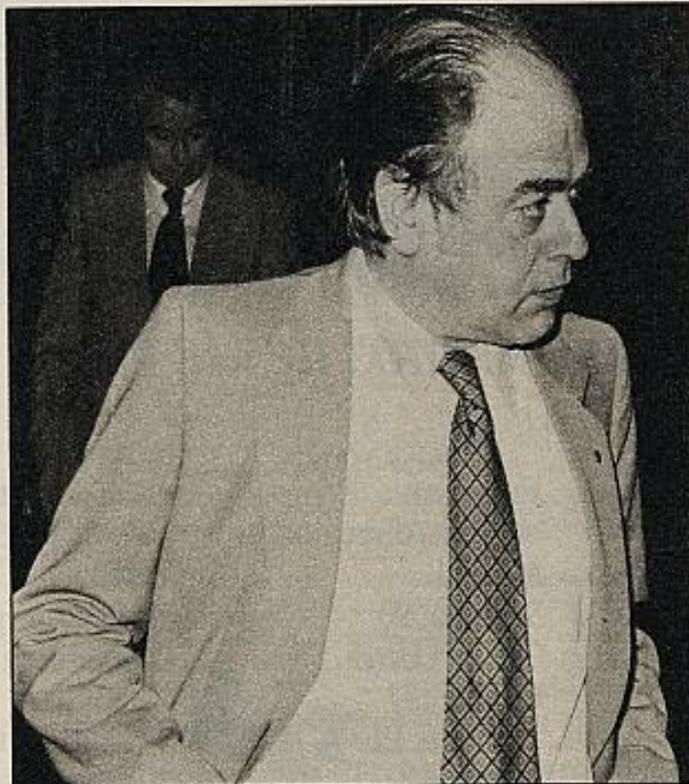
Pujol no quiere ser el monaguillo de la izquierda

MANUEL CAMPO VIDAL

LA afirmación de Jordi Pujol, contenida en un boletín interno de Convergencia Democrática de Catalunya, en la que se niega tanto a "actuar como acólito para hacer un compromiso histórico" como a colaborar a catalanizar la gran derecha española en gran parte dudosamente catalanista, significa la más importante declaración política del carismático líder catalán en el año actual. Pujol ha querido darse a sí mismo un balón de oxígeno hasta las próximas elecciones municipales frente a las dos estrategias que se enfrentan en la política catalana y que cuentan con su partido como complemento indispensable para una sólida mayoría y, al mismo tiempo, obtener también un respiro frente a las dos tendencias principales de su partido: los partidarios de aliarse con la izquierda que encabeza Miquel Roca Junyent y los partidarios de hacerlo con la derecha que representa Ramón Trias Fargas.

Jordi Pujol no ha elegido los diarios de mayor tirada ni la televisión para hacer sus importantes declaraciones. Fiel a la componente británica de su estilo político que le lleva a decir las cosas importantes en el Parlamento cuando parece que acaba de perder el hilo de su discurso, ha tomado su órgano de partido, de limitada difusión y venta restringida, para decir que Convergencia hará todo lo posible para evitar en Cataluña una mayoría inspirada en el marxismo y en la lucha de clases, sustanciosa afirmación inmediatamente compensada sin punto y aparte con la coletilla ya inevitable: "Aunque se opondrá al intento de que prevalezcan los intereses de la derecha".

A primera vista parece que estas declaraciones son en parte fruto de la corrosiva campaña que la derecha catalana sostiene sin desmayo contra Pujol acusándole de demasiados coqueteos con la izquierda. Acusación que ha llegado a calar en algunos sectores de su militancia más que por convencimiento o por acción del ala derecha del partido, capitaneada por Ramón Trias, por una simple necesidad de expresar la frustración contenida en amplios sectores pujolistas cuando



Pujol: no al compromiso histórico a la catalana.

las urnas del 15 de junio decretaron su alienamiento en tercer lugar en Cataluña, detrás de socialistas y comunistas e inmediatamente seguidos a un solo punto por la Unión de Centro Democrático.

Pujol y los pujolistas esperaban mejor resultado y en función de esa posición orientar la política de alianzas en Cataluña. Obsérvese que curiosamente el primero en hablar de "compromiso histórico" para Cataluña fue el propio Jordi Pujol en las inolvidables conferencias de la primavera de 1975, cuando se preveía la ruptura democrática para el otoño siguiente. Entonces habló Pujol de entendimiento, lanzó la idea del Consell de Forces Polítiques con un cierto aire de alternativa a la Assemblée de Catalunya y admitió públicamente el juego político con los comunistas en la Cataluña democrática si los comunistas adoptaban "posiciones constructivas" como las del Partido Comunista Italiano en el Gobierno regional de Sicilia, después de años de jugar a la oposición.

La ruptura democrática no

llegó según estaba programada, pero la democracia sí, y la preponderancia de los socialistas en Cataluña con la que Pujol no contaba impidió que desde el 15 de junio Pujol siguiera ocupando con el respeto de otras fuerzas un papel definidor de estrategias.

Ni la estrategia PSUC ni la suarista

En estos dieciocho meses de silencio relativo de Convergencia Democrática dos estrategias fundamentales se han definido en la política catalana, y ambas han avanzado notablemente. Por una parte, el proyecto eurocomunista que comanda el doctor Antoni Gutiérrez Díaz basado en una alianza entre socialistas, comunistas y fuerzas de la burguesía dispuestas a consolidar la democracia y la economía en Catalunya. Pujol, por tanto, es según ese diseño estratégico una bendición divina para Cataluña y para el doctor Gutiérrez. Frente a esa estrategia que avanza y gana terreno hasta el punto de que los socia-

listas, que hasta hace pocas semanas no aceptaban esa base de alianza y ahora ya la admiten y que no combaten con el mismo ahínco inicial la propuesta de Benet president, si ello comportaba el puesto de primer consejero de la Generalitat democrática para Joan Reventós, surge la estrategia de la derecha. El hombre de la derecha en Cataluña, el verdadero cerebro de la operación de recuperación no es ni Tarradellas, aunque haya prestado una inestimable colaboración, ni, por supuesto, Carlos Sentís: ha sido Martín Villa, gran conocedor de Cataluña, y lo es ya en estos momentos Manuel Ortíz. La estrategia de la derecha sería absorber a Pujol o destruir al poseedor de un carisma innegable y de un 15 por 100 de votos envidiables, que pueden llegar incluso a aumentar probablemente.

Pero Jordi Pujol no quiere, como indica en sus importantes declaraciones, exponerse al fuego cruzado de la estrategia del doctor Gutiérrez o de Manuel Ortíz. De momento, ha rechazado las dos con una rotundidad poco habitual. La gran incógnita reside ahora en determinar si ese rechazo —que a pesar de todo se advierte con más contundencia contra la izquierda— es un simple balón de oxígeno o significa el primer paso de una operación de largo alcance que llevara a convergencia Democrática a resituarse en imprescindible definidor de estrategias en Cataluña por disponer del 15 por 100 de votos nacionalistas que pueden arbitrar entre la formación de dos bloques que presumiblemente se anulan, entre dos estrategias que son totalmente contradictorias y que responden a los intereses contrapuestos de los sectores populares y de la derecha oligárquica catalana. Habiendo dicho lo que creía que debía decir, Pujol resulta ya impenetrable más allá del contenido exacto de sus declaraciones y las distintas alas de su partido se muestran absolutamente cautelosas en sus comentarios sobre el significado de la operación. Entre otras razones porque no sólo de Jordi Pujol depende la solución, sino del comportamiento del electorado catalán en los próximos comicios. ■